

Adriana Genta. Compañera del alma

*Ojalá me agarre un viento frío
y me convierta en espuma de ola,
para ir y volver contra el Cubo del Sur
en carnaval*
“Estrella Negra”, de Adriana Genta

El primer impacto fueron sus ojos, generosos, amplios, claros. Habíamos llegado a Buenos Aires para conocerla, Mauricio Kartún facilitó el encuentro. Buscábamos la autorización para hacer “Estrella Negra” y la respuesta no fue por teléfono ni por correo electrónico, nos citó en un bar. Tuve la certeza que ella necesitaba conocernos, percibir todo lo que se pierde en una charla telefónica o escrita, para entender quiénes éramos y qué haríamos con su obra.

No tuvo un solo reparo en otorgarnos los derechos, sólo una condición: la puesta en escena debería respetar el espíritu negro de la obra. Nos entendimos, sabíamos de qué hablábamos, las dos conocíamos esa compleja cultura montevideana donde lo sublime nace del barro. No fue difícil respetar la condición que Adriana ponía, la obra infunde deseo, de libertad, de amor, de rebeldía y lo hace por oposición a las dificultades que atraviesan la esclava adolescente y su pequeño hijo, protagonistas de la obra.

Estrella Negra fue escrita para una actriz negra. Adriana Genta conoció a una actriz afrodescendiente que padecía la falta de trabajo porque el teatro rioplatense sigue mirando hacia afuera, hacia la parte blanca que domina. Escribió la obra y

buscó a la actriz, pero llegó tarde, esa actriz no actuó su obra, aunque sí lo hicimos las que vinimos después asumiendo la responsabilidad de multiplicar los espacios para que una actriz negra aparezca en la escena.

Lo que siguió a nuestro primer encuentro fue una relación que, por mi parte, creció en la cercanía con esa mujer que había escrito las palabras que yo actuaba, que comprendía y sentía a la maternidad como yo la estaba viviendo con mi hijita, que conocía y describía mágicamente cada lugar de Montevideo referido en la obra. Fue un pacto de amor implícito que, como todo pacto, iba ajustándose a medida que nos conocíamos y, como todo amor, reconocía el dolor profundo que lo sostiene.

Cuesta hablar de una persona querida que murió sin caer en la demagogia de las palabras edulcoradas, esas que apelan a nuestros sentimientos nobles. Cuesta referirse a esa persona dejando constancia de nuestro cariño y agradecimiento siendo a la vez ecuánime y justa con ella, porque ella no va a poder refutar nada de lo que se diga.

Cuesta también, correrse del lugar de víctima cuando hablamos de la relación del centro con la periferia en lo que hace a producción y difusión del teatro. Por eso, para hablar de Adriana elegí contar mi relación con ella, porque ese vínculo lo sostuvo su interés en nuestro trabajo y en nuestro campo de acción. Adriana vino a Tandil, presenció funciones de la obra, participó de charlas abiertas a la comunidad de la facultad, nos abrió espacios para mostrar nuestro trabajo en Buenos Aires, sostuvo un vínculo que supo mantener con calidez y preocupación, como se preocupa la gente a la que le importan los demás.

Su obra es prolífica, ha recibido numerosos reconocimientos como actriz y dramaturga, sus textos son trabajados por muchos. Esa Adriana me confesó que no podía seguir “haciendo teatro” mientras esquivaba gente que dormía en la calle, por eso se apartaba de su trabajo artístico para dedicarse a su tarea militante: colaboró con comedores comunitarios y con asociaciones populares, sumándose a las tareas humanitarias que requerían atención urgente.

Adriana murió hace un año. Murió de cáncer. Trabajó hasta el último momento. Tomó su caso personal como estandarte para luchar por el derecho a una muerte digna, sin sufrimiento ni degradación. La imagino en su diálogo con la muerte, la pienso sincera, lúcida, mirando a la parca de frente, entrando en ese otro mar del que sólo suponemos cosas. Se debe haber llevado unas cuantas imágenes preciosas, muchas metáforas, se debe haber ido bailando con la gente.

A las actrices, a veces, nos gana la emoción y se nos agotan las palabras, por eso el vínculo con quien escribe se vuelve tan intenso. Adriana es una compañera del alma.

Mi homenaje es un candombe en la playa un dos de febrero, con banderas enormes que le acaricien la cabeza. Mi recuerdo es un desfile de llamadas, no los que se ven desde un banquito pagado a precio turista, es un baile en la calle con la misma gente que le preocupaba, ese baile que termina en la playa rajando de las peleas y los navajazos que cierran la jornada cuando el alcohol barato perfuma el amanecer. En ese baile estamos querida Adriana y me atrevo a decir que mis compañeros de la facultad, los que supieron acercarse a vos, se sumarán a este candombe colectivo para decirte...

Hasta siempre

Gabriela Pérez Cubas